NOCHE DE NAVIDAD.

LA NOCHE DE NAVIDAD.

Esta noche es Noche-Buena Y no es noche de dormir, Que está la Vírgen de parto, Y a las doce ha de parir.

Era una nublada y fria noche de Diciembre, tranquila en su crudeza, silenciosa en su oscuridad. El firmamento parecia cerrar los ojos, y la naturaleza doblar la cerviz, vencidos por el rigor del frio. Una partida de soldados habia llegado tarde á cierto pueblo en que sólo debian descansar algunas horas, y despues proseguir su marcha hácia un puerto de mar en el cual debian embarcarse para América.

El oficial que la mandaba, al retirarse á su alojamiento, notó una animacion extraña en un pueblo tan quieto, y más á esa hora. Aunque no distinguia bien los objetos, por la oscuridad completa en que estaban las calles, notó que se arremolinaba un grupo numeroso en la esquina de la plaza. El oficial se dirigió hácia allá sin ser notado. ¿Qué podria ser? ¿Qué se intentaba? Lo raro era que los conspiradores, caso que lo fuesen, eran, como notó el oficial al acercarse, sumamente pequeños, y hablaban sumamente recio.

—En cá de tia Belem hay zambomba,—dijo uno en voz perentoria.

—En cá de tia Beatriz hay zambomba, pandereta y palillos, —dijo una vocecita de tiple, clara como un pito.

—Y en cd de tia Belem hay tortas,—repuso con energía la voz anterior.

—Y en cá de tia Beatriz buñuelos y mistela,—contestó el tiple con brío.

-¡Pues vamos allá!-gritaron todos en coro.

Y el grupo voló como una bandada de gorriones.

La tia Beatriz era una viuda sin hijos, de buena edad y mejores proporciones, muy buena, muy primorosa, muy caritativa y muy dada á las cosas devotas. Vivia sola con una vieja que le servia de moza. Esta vieja, que tenia un genio de vinagre no aguado, se llamaba la tia Pavona, porque su marido habia tenido por nombre el tio Pavon. Como la lengua española marca clara y perentoriamente los géneros femeninos y masculinos con la a y la o, habíanle colocado una a al fin del apellido para significar con este distintivo que la persona así nombrada pertenecia al bello sexo, terriblemente degenerado

en esta ocasion, porque la tia Pavona, que era chica, delgada, apergaminada, bisoja y negra como un cisco, podia darle un susto al miedo.

La bandada de gorriones habia llegado en casa de la tía Beatriz, que estaba llena de bote en bote.

-Ea, largaos, que no se cabe; fuera la polilla.

Este fué el cumplido con que fueron recibidos por la amable tia Pavona, que à la sazon se hallaba en el zaguan, añadiendo aceite al farol, al que so-noliento se le iban cerrando los ojos. Los recien llegados no hicieron caso ninguno, ni se dejaron intimidar.

—Cuela tú, Juanillo, —dijo al oído del mayorcito la voz del tiple, que bajó al suave susurro de un céfiro, miéntras se empinaba mirando con curiosos y alegres ojos hácia lo interior de la sala, de donde salia un balsámico olor de yerbas aromáticas, un brillante resplandor de luces y un alegre són de zambomba, pandereta y cantos.

Juanillo se escurrió de entre las manos de la tia Pavona, que le queria retener, se deslizó por entre las piernas de los hombres como una anguila, y los demas lo siguieron fácilmente, como si hubiesen estado untados de jabon.

—¡Malhaya vuestro pelo, sabandijas del demonio, gurrapatos del mismísimo Lucifer!—gruñia la tia Pavona.—Por el ojo de una aguja son capaces de colar! Donde pueden estorbar, ahí están ellos, es decir, en todas partes. ¡Qué plaga de Gno! ¡Que no se quedasen para descanso del mundo en las mientes del Señor!!!

—¡Válgate Dios, tia Pavona!—dijo la viuda, que acertó á pasar por allí.—Déjelos usted. ¿No sabe usted que hoy es la fiesta de ellos, hoy la santa Noche-Buena?

—Su fiesta es la de todos los dias del año,—contestó la tia Pavona.—¿En dónde, por ventura, no meten esos gusarapos sus pestiños? ¡Dios los bendiga! ¡Comégen! ¡Langosta! ¡Jesus, y qué bien vendria otro Heródes!

—Tia Pavona, que entren todos; que el Niño Dios los quiere alrededor de sí.

Cuando entraron los niños en la sala, tan embalsamada, tan iluminada, y vieron el hermoso Nacimiento colocado en ella, una inmensa alegría inundó sus corazones. Pero ¿quién es el que ha visto un Nacimiento y no la ha sentido? ¿Quién no se ha hallado como en su casa, en su propiedad, en aquella naturaleza fantástica de corcho y papel engomado, con sus oscuras cuevas, en que ora ante un Crucifijo un santo ermitaño, gracioso y sencillo anacronismo, como lo son el cazador que en una selva de matitas de romero dispara un tiro á una perdiz posada en la torre de una ermita como una cigüeña, y aquel contrabandista con su manta y su sombrero gacho, que con una carga de tabaco se esconde tras de una roca de papel, para dejar libre paso á los tres Reyes que por las altas cumbres de esos Alpes de corcho ca-

minan en toda su gloria?... ¿Quién no siente un placer inexplicable al ver pasar aquel borriquito cargado de leña por un soberbio puente de cantería de papel?... ¿Y aquel pradito de bayeta verde desmenuzada en que pacen tan tranquilos y tan blancos aquellos corderitos? ¿No os da frio aquella escarcha tan bien imitada con arenilla de acero? ¿No os da gana de calentaros aquella hoguera tan coloradita que encienden los pastores para calentar al Niño? ¿Quién no se afana por descubrir debajo de los cristales que figuran tan bien un rio helado, los peces, las tortugas, los cangrejos que están con toda comodidad sobre el cauce de dorada arena, trastornando én sus tamaños respectivos los que les atribuyen los naturalistas? Vése aquí un cangrejo, por cuyas tenazas puede pasar una anguila, su vecina, como por el ojo de un puente; aquí un raton colosal mira con aire de Matamoros à un diminuto y pacífico gatito; más allá un borrico disputa con una liebre sobre el grandor de sus orejas, que son del mismo tamaño: un toro se ve en igual contienda en punto á cuernos con un caracol, y un fornido pato no quiere ceder la primacía á un cisne raquítico. Y estos pájaros de todos colores, que alegran los intrincados bosques de ramas de lentisco, que forman el fondo de este cuadro encantador, ¿no os parecen acaso acudir de las cuatro partes del mundo? ¿No os alegra ver bailar á los pastores? Y sobre todo, ¿no adorais enternecidos el divino misterio contenido en aquel portalito con

su techo de paja, y en el fondo su aureola ó gloria de luz? Nosotros lo decimos francamente, en aquella santa y alegre noche todo nos parece vivir y sentir; aquellas figuritas de barro hechas por torpes manos, puestas alli con tanta buena fe y tanta devocion, nos parecen animarse y recibir alma, de la alegría y entusiasmo que reinan. La estrella que guia á los Magos, ese oropel y cristal, se nos figura flamigera, y arrojar resplandores. La aureola que circunda el pesebre en que yace el Dios hecho hombre, nos parece brillar, no por las luces que trasparenta, sino con un brillo del cielo, con los rayos del sol. Las zambombas, panderetas y cantos nos son tan simpáticos y tan gratos, como si fuesen los ecos de los que en aquella dichosa noche hicieron resonar los pastores.

¿Puede acaso darse una fiesta más alegre, más sencilla, más tierna, y al mismo tiempo más elevada? El nacimiento de un niño en un portal abandonado, y celebrado por pastores; la inocencia, la pobreza, la sencillez, primeras bases del magnifico edificio del Cristianismo. Así, ¡cuánto no celebran los niños y los pobres esta fiesta! Traen á Dios lo que más le complace: la inocencia, la fe y el amor. ¡Oh, noche, bien denominada buena, más alegre que el Carnaval, y santa como la semana que lleva este nombre!

El cómo entiende y siente el pueblo esta fiesta, hasta qué punto está instruido de ella, y cómo la explica, lo probarán algunos de los cantos de NoclteBuena que aquí trascribirémos, escogiendo al acaso entre los muchos que hemos recogido. La sencillez en el modo de expresarse da á estas composiciones un sello de puro candor y de inimitable genuinidad; tienen una buena fe que conmueve, y áun literariamente un gran valor, que no está al alcance de todos. Dia llegará, no nos cansemos de repetirlo, en que en España, como en los demas países de alta cultura, se aprecien estas composiciones populares, como se buscan las fuentes de todo rio.

Cuando los niños entraron, cantaba una muchacha:

> Cuando el Eterno se quiso hacer niño, Le dijo à un ângel con mucho cariño: «Anda, Gabriel, vete à Galilea, Alli veras una pequeña aldea; Es Nazaret su gracioso apellido: Junto à una casa hay un ramo florido; En esa casa, que de David viene, Hay una niña que quince años tiene; Està casada con un carpintero, Y aun cuando es muy pobre, así yo la quiero. Dile que quiero en ella hospedarme, Y en su seno puro tomar cuerpo y sangre.» Fué el santo Angel bebiendo los vientos Hasta llegar al humilde aposento, Y cuando vió à la hermosa Maria. Le ha dado el encargo con que Dios le envia .-"¡Dios te salve, dice con gran alegría, Dios te salve, reina y dichosa Maria! El Señor es contigo y bendita tú eres, Unica escogida entre las mujeres, Y bendito el fruto que has de dar à luz, El rey de los ciclos y tierra, Jesus.»

Acabado este canto, cantado en su tonada propia, se cantaron los villancicos y las canciones, en que una voz cantaba una de tantas infinitas coplas ó sabidas de memoria ó improvisadas, y todas las voces se unian en el estribillo, al mismo tiempo que una pareja de niños bailaba ante el Nacimiento. Cada vez que concluia una copla, los dos niños que habian bailado se acercaban con sus mejillas encendidas y sus brillantes ojos al retablo, y abriendo sus bracitos, se arrodillaban, y exclamaban:

-¡Por Tí!

No es posible explicar el sentimiento tan profundo y tierno que despierta esa sencilla exclamacion: ¡Por ti!

¿Y qué significa esa frase, por ti?

¿Vos no lo habeis comprendido? Será porque la veis friamente estampada sobre el papel. Pero si la hubiéseis oido de aquellos labios fervientes é infantiles; si hubiéseis observado en aquellos expresivos y animados ojos el sentimiento que la dictaba, hubiérais conocido, como nosotros, que decia por ti nuestra alegría, por ti somos cristianos, por ti somos felices, por ti serémos salvos, por ti laten nuestros corazones, por ti cantan nuestros labios, por ti queremos vivir, por ti queremos morir. Todo, todo, por ti.

Cantábanse estas alegres coplas:

Ha nacido en un portal Llenito de telarañas,

Entre la mula y el buey. El Redentor de las almas: -Y dijo Melchor: Toquen, toquen esos instrumentos Y alégrese el mundo, que ha nacido Dios. Esta noche nace el Niño Entre la paja y el hielo. Quién pudiera, Niño mio. Vestirte de terciopelo! En el portal de Belen Hay estrella, sol y luna: La Virgen y San José Y el Niño que está en la cuna. En Belen tocan à fuego, Del portal sale la llama: Es una estrella del ciclo. Que ha caido entre la paja. Yo soy un pobre gitano Que vengo de Egipto aqui, Y al Niño de Dios le traigo Un gallo quiquiriquí. Yo soy un pobre gallego Que vengo de la Galicia. Y al Niño de Dios le traigo Lienzo para una camisa. Al Niño recien nacido Todos le traen un dón: Yo soy chico y nada tengo: Le traigo mi corazon.

En este momento se oyo la voz de la tia Pavona, cancerbero de la casa, que bregaba á brazo partido con una nueva bandera de gorriones invasores, pero con el mismo mal éxito que la vez anterior; pues por entre el grupo de hombres que de pié estaban á la entrada de la sala, se vieron asomar simultánea-

mente cabecitas de niños, cuyos cuerpos no se sabía si existian; de tal suerte se habian encogido y embutido entre las capas de los hombres: de manera que imitaban á lo vivo las de los angelitos que adornan con tan linda profusion los grandes retablos de gusto y estilo churrigueresco.

—¡Un sarampion! ¡un sarampion! —gritaba la declarada enemiga de los niños.—¡Y qué bien que nos vendria un sarampion! Desde que dieron con la vajuna, el demonio que pueda parar en el mundo; ni uno se muere! ¿Dónde vamos á parar? ¡Esto es un loqueo!

Los hombres, que oian regañar á la tia Payona, se pusieron á cantar:

Una panderela suena, Yo no sé por dónde va, Camina para Belen Hasta llegar al portal;— Y dijo Gaspar: Que por buena que sea una vieja, Ni êl mismo demonio la puede aguantar.

Restablecida un poco la calma que esta invasion de infantiles conquistadores habia producido, se apareció el alcalde, precedido de una soberbia barriga, v seguido por un humilde alguacil llamado Florin.

El alcalde habia sido compadre del marido de Beatriz; era viudo como ella, y habia tiempo que andaba empeñado en que ambos de un golpe dejaran de serlo. Pero no habia que pensar en que Beatriz mudase de estado. Habríase Beatriz dejado arrancar el corazon ántes que su estado de viuda; no porque aborreciese á los hombres, ni le pareciera mal el estado de casados, sino porque el de viuda le parecia preferible á todos, más tranquilo que ningun otro, y más cercano á la perfeccion á que aspiraba. El alcalde era un Creso de pequeñas dimensiones. Tenia cuatro yuntas de bueyes, un olivar, casa propia, y labraba un rancho á parceria con la viuda. En cuanto á Florin, era amigo íntimo de la tia Pavona; y como los muchachos lo molian y perseguian terriblemente á causa de su extraña figura, las largas conversaciones de estos dos amigos hallaban inagotable pábulo en murmurar y renegar de cuanta criatura viviente bajaba de veinte años.

Despues que el alcalde hubo bebido un trago de mistela que le ofreció la dueña de la casa, le suplicó que cantase.

Esta, que poseia muy buena voz, y tenia un placer en cantar cosas santas, consintió desde luégo, y habiendo los demas vuelto á coger la pandereta y zambomba para acompañarla, empezó á cantar así este villancico:

> Pues la noche està fria Y està serena, Canten los villancicos De Noche-Buena (bis). El Niño ya ha nacido; Venid, pastores,

No le temais al frio Ni à sus rigores (bis). A un portalito pobre Se han retirado, Donde el buey y la mula Lo han albergado (bis). En ese portalito Su cama ha sido Una poca de paja Que han recogido (bis). Aunque en Belen te vea Tan póbrecito (bis). Te creo Rev poderoso. Pero muy rico: Que à conquistar bajaste To las las almas, Pero sin armas (bis).

Las mujeres cantaron en seguida estas coplas:

La Virgen lava pañales Y los tiende en un romero, Los pajaritos cantaban, El agua se iba riendo. La Virgen lavando estaba Las pobrecitas mantillas, Y San José las tendia Al sol, en las maravillas. Miéntras cortaba la tela Y hacía las camisitas, ¡Cuántas lágrimas de amor—Corrian por sus mejillas!

Entró á la sazon un pastor, pariente de Beatriz, con su zamarra, sus alforjas, su chibata. Venía del campo, como lo atestiguaba el olor á tomillo de que estaba impregnado. No bien entró, cuando le dijeron que dijese una relacion, lo que hizò sin hacerse de rogar, y fué esta:

> ¡Megria, alegria, alegria! Que ha parido la Virgen María, Sin dolor ni pena, A las doce de la Noche-Buena, Un infante tierno, En la fuerza y rigor del invierno. Y los angelitos, Cuando vieron à su Dios chiquito Metido entre pajas, Le bailaban haciéndose rajas. Se asombra el ganado; Los pastores bajaron al prado, Y ven de repente Unas luces muy resplandecientes, Y luégo, al momento, Por quitarse de ese pensamiento. Si era cosa mala, Un mocito de aquéllos con alas Les dice: «Zagales, Arrimaos aquí à estos portales; Ninguno se asombre, Que esta fiesta se hace por el hombre.»-Con este consuelo Los pastores bajaron de un vuelo. Llegan al establo, Y en él de los cielos hallan un retablo: En un pesebrito Ven à un Niño con su refajito; Y por todos lados Angelitos ven arracimados A la dulce Madre, Y à su Esposo, que nunca fué Padre. Ven dos animales Recostados sobre los umbrales:

Piliendo licencia. Se entraron con gran reverencia: Llegan à la Virgen, Se arrodillan y humildes le dicen:-«Señora del cielo. ¿Cómo à Dios ahi teneis por el suelo? ¡Misterio profundo! En buen hora parísteis al mundo. Mi Niño, no llores. Que nos quemas con agua de amores (1). Adios, gran Señora: Padre Pepe, adios por ahora, Que vamos á casa A ofrecéroslas todas sin tasa. Adios, mi Niñito. Descansad, y dormid un poquito. Adios, senor buey; Señor mulo, con Dios os quedeis.»-Y así van saliendo Los pastores, y à Dios bendiciendo.

-¡Otra! ¡otra!-clamó el auditorio á una voz.

—¡Otra, tio Gaspar! ¡Así Dios os dé salud! ¡Tia Pavona, un vaso de mistela á Gaspar, que trae tanto frio como sed!—gritó el alcalde.

—Toda la mistela se la ha dado la tia Pavona á Florin,—chilló una voz de tiple, que salió de un grupo de niños sin editor responsable.

—Es muchísima mentira,—dijo con su agria voz la tia Pavona, apareciendo en medio del cuarto con un vaso de mistela en la mano, y echando con sus desaparejados ojos furibundas miradas hácia el grupo de niñas.

(1) ¿Qué poeta calificó jamás más bellamente las lágrimas?

Las muchachas, que estaban muertas de risa, cogieron la pandereta y se pusieron á cantar:

Francisca, por tu tejado Va subiendo una culebra; Madre, cómo pica el sol;— Más pica una mala lengua.

—¡Burlarse de las canas! ¿Quién vió eso?—decia furiosa la tia Pavona á su amigo Florin.

—El mundo anda perdido,—contestaba éste. Entre tanto, Gaspar habia bebido su vaso de mistela, y recitaba la relacion pedida.

> Hácia Belen caminando Iba una niña preñada, Montada en un jumentillo, De un anciano acompañada. -«Vamos, vamos de prisa, Porque va la noche viene, Y quizás no encontrarémos Casa donde nos alberguen. Abre, abre, mesonero, La puerta de tu meson, One està Maria de parto, La traigo en el corazon.» Salió al punto el mesonero Diciendo: «¿Quién es quien llama Con tanta prisa à mi puerta En una hora tan mala?-Yo soy, le respondió el santo. Que vengo á pedir posada Para un pobrecito anciano Y una doncella preñada.-El mesonero responde: "Vaya San José con Dios,

Que yo no quiero esta noche Más ruido en mi meson.-"¡Ay! Danos albergue. Hazlo en caridad. ¡Que el vernos tan pobres Te mueva á piedad!-No doy posada ninguna Si no me aprontan la paga; Que con recoger à pobres Mi bolsa no gana nada.» El mesonero era tuerto. Y al cerrar el aldabon, Se le saltó el otro ojo. Que fué castigo de Dies. Y bien merecido. Por tan temerario: Ya puede vender Coplas v rosarios.

En este instante sonaron las Ánimas. Sucedió à la alegre algazara un profundo silencio. Se pusieron todos en pié, y los hombres se quitaron los sombreros.

En esta hora, que la Iglesia dedica á las ánimas, los católicos unen sus oraciones á las de su santa madre, y un clamor unánime y universal en el orbe católico llega al trono de Dios, cual una humilde intercesion que el Señor de la misericordia no desatiende. Este santo recuerdo que la Iglesia ha instituido, es eterno como todo lo suyo: vence al poderoso tiempo, destruye el ingrato olvido, y todo muerto católico deja en la tierra miles de hermanos que oran por él. Beatriz, como dueña de la casa, dijo en voz

alta la siguiente oracion, que fué seguida de la dominica (1):

Ànimas benditas ficles. Que en el purgatorio estais, Tremendas penas pasais Y tormentos mil crueles! El Señor que os redimió Tenga por bien el llevaros A la gloria que os ganó.

No parecia sino que la campana de la iglesia, al imponer con su grave voz silencio, habia tenido dos fines para hacerlo, y que despues de implorar el socorro espiritual para los muertos, lo implorase material para los vivos, dando lugar con la repentina suspension de la alegre algazara á que llegase á oídos de todos, apénas hubieron concluido la oracion, un quejido.

¡Dios mio! ¿A quién no estremece un quejido? ¡Un quejido, que es un llamamiento á la humanidad! ¡Un quejido, que es á veces el triste desahogo de la mansa resignacion, á veces el desatinado gemido de la angustia, á veces el brote de la desesperacion, y á veces el estertor de la muerte! ¿Qué corazon no saltó en el pecho que le encierra al oir un quejido? ¿Qué alma no se estremeció, y qué voluntad hubo bastante inerte para no prestarle socorro? ¿Qué cora-

⁽¹⁾ Llámase así el Padre Nuestro por dirigirse á Dios, porque dominico es lo perteneciente á señor ó amo.

zon de hierro hay que un quejido no hiera como un cuchillo, que no atraviese como un puñal?

El primer quejido que se oyó, débil y plañidero, dejó á todos suspensos y como aterrados, porque el contraste de las sensaciones que experimentaron los que participaban de aquella alegre fiesta, en aquella tibia é iluminada estancia, al oir el triste quejido que les llegaba de fuera, en donde reinaba la noche tan fria y tan oscura, era demasiado grande, la sacudida que les causaba demasiado fuerte para que no turbase al pronto sus ideas y suspendiese sus facultades. Pero al oirse poco despues el segundo, todos simultáneamente se lanzaron hácia la calle. La primera fué la buena viuda, á quien siguió de cerca el alcalde. Pocos pudieron imitarlos; porque apénas habia salido Beatriz, cuando volvió á entrar con un niño en los brazos.

Quien conozca la caridad de las mujeres en general, y de las españolas en particular, sobre todo si ésta se ejerce sobre un ángel de Dios desvalido, podrá figurarse la manera con que todas las que allí se hallaban rodearon á la viuda, y las exclamaciones de lástima, de cariño y de dolor que como un coro santo saludaron á la abandonada criatura. En cuanto á Beatriz, lloraba á lágrima viva; abrigaba con su latiente pecho al arrecido y desfallecido expósito, calentaba sus yertas manitas con su aliento, y acercaba sus piececitos al brasero. Las mujeres se afanaban en prestar mano á la buena obra: una traia

de la cocina un poco de caldo, la otra un poco de vino, y aquel pobre niño, bajo la influencia de esos cuidados simpáticos, iba reviviendo: el calor volvia à hacer circular activa su sangre: por fin abrió sus ojos, y miró con asombro cuanto le rodeaba, y prorumpiendo en llanto, dejó caer su cabeza sobre el seno de Beatriz, llamando á su madre. Tendria la pobre criatura abandonada sobre dos años; traia puesto un capisayito de bayeta color de castaña, y en la cabeza una marmotita de punto de lana encarnada, todo pobre y raido.

No era el niño del lugar; allí nadie abandonaba sus hijos. Habia su madre de ser transeunte, y haberse alejado tan luégo como allí expuso al niño. Es imposible que las personas más cultas y delicadas discurriesen más consuelos y más halagos que los que fueron puestos en juego para consolar á la pobre criatura. ¡Tan cierto es que la verdadera delicadeza es hija de la bondad y tiene su fuente en el corazon! No obstante, nadie logró mitigar la angustia y el dolor de aquel niño infeliz, cuya madre no respondia á su llamamiento; nada pudo borrar en su acongojado ánimo la extrañeza y repulsa que le inspiraban las caras extrañas de que se veia rodeado; quien lo logró fueron los demas niños. Este mondándole una castaña, el otro dándole un bizcocho, un tercero enseñándole una muñeca, y cuando la consabida voz de tiple se acercó, y pasándole sus manitas por las mejillas le dijo: «Misi gatito, pan